MENÉNDEZ PELAYO Y LA CRÍTICA LITERARIA ESPAÑOLA

Conferencia pronunciada por el Ilmo. Sr. D. César Real de la Riva, catedrático de Historia de la Literatura Española en la Universidad de Salamanca, el día 31 de julio de 1956.

Excmos. e Ilmos. señores; señoras y señores:

Un centenario para ser fecundo necesita además de la apología, de una labor esforzada y noble de revisión y de interpretación. Y la crítica de una obra crítica, tan diversa y tan amplia, como la de Menéndez Pelayo —a medio siglo casi del fallecimiento de su autor y a cien años de su nacimiento— implica necesariamente una apreciación discriminadora, en la que se confronte no sólo nuestro presente con lo que él nos dejó, sino, ante todo, esta herencia que le debemos, con lo que él recibió de sus mayores y contemporáneos.

En este ahora, nuestro, del año 1956, no podemos seguir sintiéndonos sumergidos en la España de Menéndez Pelayo, y, desde este ámbito pretérito de identificación, continuar haciendo el panegírico desmedulado y parafrástico de su labor; pero aun menos debemos caer en la flaqueza ingrata y en la injusticia de una negación de principio de su obra, bien por olvido o bien por desprecio, como si en ella la cantidad hubiera sepultado a la calidad, y la fe y el entusiasmo hubiesen impedido la penetración intelectual y la estructuración científica, ya que, proclámese o no, en esos sesenta volúmenes de su producción reside la base fundacional de la doctrina crítico-literaria española. El quid de la cuestión a resolver, es llegar a

la organización y sistematización valorada de la sapiencia histórica y literaria, y a una síntesis de la ideología crítica de Menéndez Pelayo como un todo personal contenido en sus verdaderos límites, que permitan distinguir el caudal propio del allegado de antecesores y contemporáneos, para fijar después la cuantía de lo que realmente sobrevive de su obra amplísima y dispersa.

Problema crítico distinto, más subjetivo y opinable, es la contrastación actual de los principios espirituales e ideológicos que animan esa obra y también de su estilo y método, examinando y discutiendo la validez, trascendencia y eficacia de los mismos para los hombres de hoy; problema que por quedar ahogado o silenciado, aunque casi siempre latente o disuelto en las referencias que se hacen a Menéndez Pelayo, prejuzga, enturbia y desvía la pura valoración histórica y crítica.

Hay que tener en cuenta, además, que la precocidad intelectual de Menéndez Pelayo al ganar, en famosas oposiciones celebradas en 1878, la cátedra de Historia crítica de la Literatura Española de la Universidad de Madrid, le convierte en figura nacional, a los veintiún años. Se adelanta de este modo a su edad, y, es fundamentalmente, por lo tanto, un hombre de la Restauración española, a través de los años alfonsinos y de la Regencia, en cuya vida social y política participa, con esa cortés y honesta sumisión que tantas personalidades literarias del siglo XIX rinden, imprescindiblemente, a los ideales y oropeles de la cosa pública y del ambiente madrileño. En cambio, las múltiples y engorrosas ocupaciones administrativas y sociales de su cargo de Director de la Biblioteca Nacional y sus frecuentes dolencias, restringen grandemente su actividad en los últimos años de su existencia, y le producen una aversión a Madrid con creciente tendencia evasiva, de la que se encuentran copiosísimos testimonios en la correspondencia con su hermano Enrique y con su amigo Juan Luis Estelrich. Podemos considerarle, por lo tanto, como contemporáneo de Valera, de Pereda, del Marqués de Valmar, de Milá y Fontanals, de Fernández-Guerra y de otras figuras se-

mejantes nacidas mucho antes que él y agrupadas alguna vez bajo el signo natal de generación de 1840.

Resulta así Menéndez Pelayo, claramente, anterior en todos los órdenes a la generación del 98, nacida hacia 1870, y a otros movimientos intelectuales de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que ya no entran en su esfera de atención y de análisis.

No obstante, la amplitud inmensa de su obra y por encima de cualquiera otra apetencia y dedicación espiritual, Menéndez Pelayo es esencial y casi íntegramente, diríamos, un profesor de crítica literaria española, ya de palabra, ya, sobre todo, por escrito. *Historia crítica de la Literatura Española* era el título de la cátedra que desempeñó oficialmente durante veinte años y podría ser también el lema de su vida entera.

Busquemos en este anhelo interpretativo, a que nos trae su centenario, hacer una síntesis clara y rápida de su obra, como crítico literario, estableciendo, antes que nada, un punto de partida o arranque de la misma, para trazar después el desarrollo resumido de su magna producción y sacar por último las conclusiones de todo ello.

El plano inicial de su labor nos lo depara, en momento bien crítico, el programa de *Historia de la Literatura Española* y las consideraciones que sobre el plan y método en él desarrollados le acompañan, que Menéndez Pelayo presenta en las oposiciones a la cátedra de Madrid, verificadas en el año 1878. En él señala las directrices e ideas madres de la historia literaria española, estableciendo, por primera y única vez, un cuadro sinóptico de su amplio panorama. Soñó siempre Menéndez Pelayo con escribir el gran tratado de *Historia de la Literatura Española,* y así lo dijo cien veces. Pero en defecto de esta obra de conjunto, que la temprana muerte frustró cuando se encontraba a la mitad de su espléndida cosecha creadora, tenemos el programa juvenil que trazó de manera razonada cuando tenía veintiún años. Si comenzamos por analizarlo cuantitativamente, llegaremos acaso más rápida y fácilmente que por ningún otro medio a su comprensión global y abreviada. Intentémoslo.

Consta de 100 amplias lecciones redactadas en forma muy detallada, enumerativa y hasta cierto punto explicativa, de las cuales 2 son de teoría literaria, 2 de filosofía románica, 15 de literatura latino-hispana (romana, latina y humanística), 2 lecciones de escritores hispano-árabes y 1 de hispano-judíos, 68 de literatura castellana, 8 de literatura portuguesa y 4 de catalana, teniendo además estas dos literaturas peninsulares del occidente y del oriente sendas participaciones en otras lecciones de literatura castellana.

Nos encontramos aquí con un cuerpo unitario de historia literaria estructurado y caracterizado por esa entidad animadora que es España, la cual está entendida y extendida por Menéndez Pelayo a los más amplios y trascendentales límites. Ni la disyunción lingüística del español con el latín, ni las fronteras políticas e idiomáticas de los reinos cristianos medievales y de las lenguas romances hispánicas, ni siquiera las divergencias y oposiciones raciales y religiosas de los árabes y judíos, son óbice para que siente el principio de la comunidad espiritual y artística de España a todo lo largo del tiempo y a todo lo ancho del espacio material e histórico.

El estatuto territorial es, en definitiva, el que anima este programa de Literatura con su concepción integral y unitaria, que no es castellano española y ni siquiera española- castellana, sino española peninsular, es decir, genéricamente española extendida a *quant grant es Espanna,* como diría el Poema del Cid.

Y meditando, habremos de reconocer que la tierra nativa, sustanciadora y en cierto sentido racial —de raza terruñera y no familiar— tiene para el hombre español una fuerza y hondura mayor que la que se da en otros países. No en balde la palabra España es una denominación terrena, predial y matricia, y no humana o étnica, como la de Francia, Alemania o de Inglaterra, que se llaman así porque son materialmente el fundo o sustentáculo de los francos, de los alemanes o de los anglos; es decir, que el producto humano caracteriza allí la base neutra del territorio. En cambio nosotros nos llamamos y somos españoles, en cuanto somos gentes hispanionas o españolas, es decir. hombres de la tierra hispana o España.

Ni siquiera la lengua es para Menéndez Pelayo vehículo o medio de expresión completo del espíritu de un pueblo, ya que atañe más al aspecto externo que al interno. Y así llega, buscando la caracterización, y, por consiguiente, la delimitación del hecho espiritual y literario español, a su afirmación básica criteriológica, expuesta en cierto deje krausista de que "ni lo sustancial ni lo formal lo da la lengua sino el *estilo*, comprendiendo bajo esta palabra todo el desarrollo mórfico necesario para que la concepción artística deje de ser *idea pura*". El problema de españolidad literaria, es por lo tanto para nuestro autor una cuestión más de esencia que de forma, que se manifiesta en el estilo, es decir, en todo lo que para él tiene el estilo de expresión del mundo interno vivo, por encima de las circunstancias históricas y culturales en que se fragua la obra literaria.

También en la interesante cuestión de los criterios y métodos de estudio, análisis e interpretación de la obra literaria, tienen la mayor importancia, como punto de partida, las anotaciones que Menéndez Pelayo puso a este programa de oposiciones.

Abomina por de contado de las vaguedades, logomaquias y amplias y vacuas síntesis tan frecuentes en la crítica formalista española de aquel tiempo, que por lo vito se llamaba, y él llama no sin ironía, *alta crítica* o *crítica trascendental*, tan en pugna con las tendencias cada vez más extendidas del positivismo europeo y de su afanes de investigación. Y después de enumerar las direcciones principales de la crítica, que para él son la *bibliográfica* de Nicolás Antonio, la *formalista* o tradicional del Renacimiento o del siglo XVIII, la *estética* de los Schlegel, la *filosófica* de los hegelianos, la *histórica* y por último la *analítica* de Grimm, Díez, Gaston Paris, Paul Meyer, proclama su sincretismo y su criterio sintético, tratando de superar los inconvenientes de todos estos sistemas y de aprovechar sus ventajas. De ellos destaca como métodos más importantes el histórico y el estético y aun llega a admitir, si necesario fuese, el sacrificio de los aspectos estéticos en beneficio de lo histórico, siguiendo el ejemplo de los maes-

tros europeos de su tiempo, aunque no deja por ello de observar que el historicismo a ultranza tiene el inconveniente de caer a veces en accidentales y erróneas relaciones entre lo histórico y lo artístico y de disminuir y casi anular la personalidad del escritor convirtiéndolo en reflejo de su época.

Finalmente, señalaremos en relación con este programa su tendencia a interpretar el concepto de Literatura en el sentido más amplio, franqueando la historia de las letras no sólo a las obras maestras sino a las de orden secundario, siempre que en ellas exista un elemento estético de alguna trascendencia, condición indispensable para la caracterización de la obra literaria frente a lo que es literatura científica.

Si el programa de oposiciones nos permite examinar la raíz o punto de arranque de la labor histórica y crítica de Menéndez Pelayo, nada más instructivo e interesante que ir contrastando ahora el bosquejo que hemos hecho de sus ideas iniciales con la revisión y síntesis valorativa de esta labor, a través de sus producciones capitales.

En primer lugar nos encontramos con *La Ciencia Española,* de fecha tan remota como el año 1876.

Es este un libro de reivindicación espiritual española que marca el inicio de la historia contemporánea de los ideales nacionales en el campo de la cultura. Obra original brotada de la propia entraña anímica de Menéndez Pelayo, donde debieron arraigar algunas semillas sueltas procedentes de Laverde y sobre todo de Lloréns, sus maestros, pero sin modelos inmediatos ni más antecedentes que escritos como los de Forner en el siglo XVIII: *Oración apologética por España y su mérito literario y Exequias de la lengua castellana,* o la *Apologia de adserenda hispanorum eruditione* de García Matamoros, en el siglo XVI, de sentido muy distinto. Su estilo inflamado y virulento va sin transición de lo personal y polémico a lo erudito, animado de impulsos removedores tan valientes y ambiciosos como superficiales y desordenados a veces.

Al hacer la tercera edición en 1887, el autor añadía a estas epístolas grandilocuentes una copiosa bibliografía de la cultura española, que resultó ser nuestro primer manual biblio-

gráfico, insustituíble y único durante más de veinticinco años y aun hoy muy aprovechable. En cuanto al texto inicial lo corregía y ampliaba grandemente, "respetando la integridad de las ideas primitivas". Era ello, en efecto, lo más valioso: el espíritu general de la obra.

La primera y esencial de las ideas o ideales que contiene, es su fe en España, que se patentiza en el ímpetu reivindicatorio —casi vindicatorio diríamos en estos comienzos— que pone en favor de su cultura. La frase vejatoria del enciclopedista francés Masson "¿Qué se debe a España?", encendía en ardores patrióticos su corazón de español integral, y si se buscara una clave psicológica para explicar toda la obra de Menéndez Pelayo, no se encontraría otra más segura que esta pregunta, a la que con sus esforzados escritos trata de dar una inmensa contestación. "Sigo creyendo —le decía a Valera en 17 de octubre de 1887 refiriéndose a la Ciencia Española— que el fondo es verdad, y cada día voy encontrando cosas nuevas, que, a mi entender, invalidan la mayor parte de las preocupaciones reinantes acerca de nuestra cultura. Para mí, nuestra gran fatalidad histórica consistió en haber coincidido nuestro siglo de oro con una época de transición científica". Advino, por lo tanto, según él, la ciencia matemática y natural, cuando España estaba postrada y decaída, y todo lo demás fué ya ir a la zaga y agravar nuestro complejo de inferioridad. Todavía en el siglo XVIII estábamos dentro de Europa, pero el divorcio era absoluto en el siglo XIX, en contraste con el florecimiento del siglo XVI, respecto al que "no hay, no ha habido, ni habrá en la tierra pueblo que en una misma época presente en igual grado de desarrollo todas las ramas del árbol de la cultura". No se trataba, pues, de una incapacidad de raza, sino de un abandono y de una viciosa y falsa segunda naturaleza. Había, por lo tanto, antes que nada que estudiar, conocer y revalorizar el pasado científico español anterior al gran desarrollo de la ciencia europea en el siglo XVIII. El creía y esperaba que ello resultaría cada vez más, magnífico y sorprendente, "nuestra historia científica dista mucho de ser un páramo estéril e inclemente". Pero en cualquier caso era

el único pasado que teníamos, el auténtico, lo que podía servírnos de análisis y de meditación, y de firmes cimientos para nuevas construcciones. De no hacerlo a lo más que se podía aspirar era a ser un pueblo de imitadores y repetidores. Y ello representaría una ceguera y un suicidio frente a nuestra historia gloriosa.

Impetus de renacimiento, de reforma, de saber de veras, se polarizan en derredor de conceptos o de palabras nuevas, o recién usadas por Lloréns o Laverde: "espíritu nacional", "conciencia nacional", "pensamiento nacional y castizo", "genio nacional". "Queremos la renovación de la ciencia española, no su testamento —dice—. Pero para llegar a esa renovación necesitamos conocer a punto fijo nuestros aciertos y nuestros errores antiguos".

Recojamos ahora algunas de las que Menéndez Pelayo señala esparcidamente como cualidades espirituales de la raza: 1) Armonismo entre doctrinas contrarias, a la manera de Fox Morcillo. 2) Eclecticismo del tipo de Luis Vives, "la más elevada personificación de la España científica", característica no muy distinta del armonismo anterior. 3) Vitalismo o fuerte atracción por lo humano, que no excluye la especulación religiosa y metafísica. 4) Liberalismo intelectual. 5) Senequismo manifestado en características como el espíritu crítico, la tendencia práctica, la preocupación moral, el estilo aforístico y sentencioso. 6) Fuerza asimiladora que hace españoles a los hispano-romanos, árabes y hebreos nacidos y vividos en nuestro suelo.

Ordenemos también algunos defectos españoles por él señalados: 1) Discontinuidad en el esfuerzo, invención a medias, falta de memoria nacional (lo que mucho después llamaría Ortega *cultura adánica*). 2) Tendencia hacia el panteísmo, que se pone de manifiesto en las doctrinas heterodoxas. 3) Utilitarismo y carencia de hondo y puro interés meramente científico. 4) Espíritu disputador. 5) Fácil y superficial extranjerización.

El otro principio animador de la obra, es la independencia juvenil y libre con que el autor trata de producirse. Abro-

quelado en su firmeza de "cristiano viejo" y de "ciudadano libre de la república de las letras" huye de la exageración reaccionaria tanto como de la innovadora, y desprecia por igual las especies inteligibles-ininteligibles de los toscos escolásticos y las logomaquias abstrusas de los krausistas: "Doy a luz mis pensamientos, no los ajenos", afirma. Ingenuamente se siente seguro de sí y cree que la labor restauradora de nuestra cultura puede realizarse con sólo una información frontal y directa. A "la manera germanesca" o "tudesca" prefiere "*añejos y trasnochados libros*". Ni siquiera una vez aparecen los nombres de Herder, de Grimm, de Taine, de Sainte-Beuve, tan gratos más tarde para él. Aún es pronto. Sus referencias —de aire universitario— terminan con Kant, Hegel y Schelling y con los filósofos de la escuela escocesa.

Pero reconociendo éstos y otros defectos importantes, ¡cuán gran número de ideas, de sentimientos y hasta de palabras nuevas lanzó en esta obra tan superable y envejecida como insuperada! ¡Qué ardor apasionado y juvenil para llevar acentos españoles al poderoso latir de la ciencia histórica y filosófica de su tiempo! ¡Qué nobleza de hijo al defender la integridad y el pasado espiritual materno!

La *Historia de los Heterodoxos Españoles* es la segunda de las obras que debemos considerar, como publicada entre los años 1880-1882.

La correspondencia de Menéndez Pelayo con Pereda y con Valera, nos permite precisar las fechas de elaboración y redacción de este libro, atribuíbles, al menos, en su inicio, al año 1875, ya que en 1876, se publicaron varios artículos sueltos del mismo en la *Revista Europea*. Durante el viaje de estudios al extranjero, Menéndez Pelayo se entrega de lleno a la preparación de esta obra, con jornadas agotadoras de trabajo en las bibliotecas europeas, donde consulta e investiga no sólo libros, sino también manuscritos y documentos. En octubre de 1876, ya estaba en Lisboa, pasando más tarde a Coimbra y Oporto. En enero de 1877, laboraba sin descanso ni fatiga en las ricas bibliotecas de Roma, y, después en las de Nápoles, Florencia. Bolonia, Venecia y Milán: "buena cosecha hice en

la biblioteca Ambrosiana", dice. A finales de mayo, llega a París, convirtiéndose en asiduo lector de la Biblioteca Nacional y de las demás de la gran urbe, recogiendo materiales para el segundo tomo de los *Heterodoxos* durante los meses de octubre y noviembre, pasando posteriormente a Bruselas, Lovaina, Amberes y Gante.

En cuanto a la redacción del libro ya le anunciaba a Valera, tener terminado el primer tomo, en setiembre de 1877; el segundo, lo concluía en el verano de 1878, y remataba el último, a fines de 1881.

Pocas frases sobre Menéndez Pelayo tan acertadas, como la que le dijo en el año 1912, su amigo, Juan Luis Estelrich, en una carta: "Tú no te acabas ni te completas nunca, pareces una cuerda sin fin". Así, nada más publicar la obra, comenzó —siguió, diríamos mejor— la ampliación y reelaboración de los *Heterodoxos*, a base de anotaciones y de añadiduras, en dos ejemplares de su uso particular. Como en el caso de *La Ciencia Española*, las ideas fundamentales y los principios continuaban para él siendo firmes, pero sus datos y reflexiones se iban enriqueciendo caudalosamente, y, pasado algún tiempo, sintió la necesidad de rectificar cuanto fuere preciso y de revisar a fondo la obra: "El primer deber de todo historiador honrado es corregirse a sí mismo tantas cuantas veces sea menester", proclama en su segundo prólogo. Le contrariaba además la acritud y el tono polémico que había dado a ciertos pasajes, el sesgo hiriente de la parte contemporánea, que, hasta por razones estéticas, hubiera con gusto suprimido, y aquel estilo de sus veintitrés años, unas veces redundante y retórico, otras seco y duro, frente a su fórmula última de que "el mejor estilo es el que menos lo parece". Y presintiendo su próximo fin —*vita brevis ars longa* (ya invertidos angustiosamente los términos)— comenzó a refundir y a reeditar *sine ira et studio* en 1910 esta obra, la más solicitada, aunque no la más querida, precediéndola de un noble y extenso prólogo ("Advertencias preliminares" las llama), que constituye su mejor comentario. Seis páginas de la primera edición sobre manifestaciones religiosas de la España precristiana, se con-

virtieron nada menos que en un tomo completo. La muerte interrumpió la tarea. En la edición de Suárez, iniciada por el Maestro, figuraron ya algunas de esas notas y en la Edición Nacional se han recogido todas las restantes que estaban inéditas y manuscritas.

Nos encontramos ante una obra muy distinta de *La Ciencia Española*, aunque conserve como resabios juveniles algo de su tono polémico y retoricista, y responda en la práctica al ideal de restauración cultural española allí planteado. Hay que enlazar de nuevo con "nuestra buena y sólida tradición del tiempo viejo" representada por la *España Sagrada* del Padre Flórez. Por otra parte, encelado con el prodigioso movimiento de la segunda mitad del siglo XIX por las grandes tareas historiales de aire monumental, a las que Menéndez Pelayo da un sello nacionalista aun más marcado que en el extranjero, se lanza a la ingrata tarea de conseguir una historia general del tema herético-religioso español, a lo largo de todas las épocas, incluso de sus mismos días, y a lo ancho de todo el ámbito hispánico, ya que Portugal, a efectos del desarrollo del asunto, constituye una sola unidad con los demás reinos peninsulares.

El criterio católico presidía el conjunto. No podía para él ser de otro modo, no solamente por sus convicciones personales, sino por razones de criterio histórico, ya que en el catolicismo residía el principio de unidad espiritual, respecto al cual las herejías eran desviaciones o episodios, hasta cierto punto fortalecedores de la ortodoxia, de acuerdo con las palabras del Apóstol: *Oportet haereses esse.*

Los *Heterodoxos Españoles* son una obra rigurosamente histórica, no crítica, sobre todo, en su primera edición. Representan el mayor esfuerzo investigador de Menéndez Pelayo, su aportación personal máxima al positivismo científico. El tema herético se persigue y analiza por sí mismo, sin grandes digresiones ni reelaboraciones espirituales, ni siquiera cuando se trata de figuras literarias, como Juan de Valdés, la preferida por el autor. A esta sujeción a las fuentes, atribuye Menéndez Pelayo el éxito del libro, que, a base de diez apartados, ordena en su *Discurso preliminar*. En uno de ellos (el tercero), figu-

ran las obras modernas, escasas y reducidas, que precedían su trabajo, y trataban el tema de los herejes españoles: las de M'Crie, A. Castro, Wiffen, Usoz... A ellas pudiera añadirse, aunque su asunto no sea español, un libro entonces reciente y brillante que pudo servir de modelo externo y de paralelo a los *Heterodoxos, Gli eretici d'Italia* de Cesare Cantú (1865-66), traducido a nuestro idioma en 1868, por don Manuel González Llana, que siempre se olvida. Pero, no obstante, todo ello, la obra contenía una gran originalidad, pues Menéndez Pelayo movilizaba por vez primera, abundante número de libros, manuscritos y documentación antigua reflejadas en su arquitectura. La conclusión que deducía de todo su trabajo, era la de que la heterodoxia entre los españoles, no significa sino accidente y ráfaga pasajera, que llega hasta dar sabor exótico al estilo, y que se opone al espíritu de su cultura, de donde a no dudarlo procede aquella afirmación de Ganivet, en su *Idearium* de que "en España no hay hereje que levante dos palmos del suelo".

Al volver sobre lo hecho en 1910, y redactar las *Advertencias preliminares* para la segunda edición, declara expresamente que sus ideas no han cambiado. Pero es evidente que al revisar la obra, no lo hacía encerrado en la ecuación estricta de información, por un lado, del pasado español en forma castizamente erudita, y de apelación, por otro, a los principios católicos, sino que nuevos elementos habían venido a ampliarla y superarla. Uno, la interpretación del libro, como una historia peculiar y contradictoria dentro de la Historia de España, como una "historia de España vuelta del revés"; otro, por la profunda germanización que había experimentado su ciencia, considerando a Alemania como "maestra de Europa", e invocando y alabando la erudición religiosa de sus más altos representantes, sin ocultar su procedencia y carácter protestante, en muchos casos (Neander, Baur, Stolberg, Hefele, Doellinger, Janssen, Pastor, Gams, Sehepss, Schaeffer y el francés Duchesne); también por la matización restauradora que da ahora al tema reivindicador, que, como dijimos, casi con tono vindicativo aparece en *La Ciencia Española;* y por

último, por un generoso liberalismo espiritual, y por una anchura y humanidad de criterio que atrae y casi emociona por su sinceridad: "Nada envejece tan pronto como un libro de historia. Es triste verdad pero hay que confesarla... y el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo, y a perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella, sin que le detenga el temor de pasar por inconsecuente". Aun la misma crítica racionalista, que lleva implícita la negación de lo sobrenatural, colabora del modo más eficaz en la historia eclesiástica, que, como tal historia, "no es patrimonio exclusivo de nadie". Tiene así la investigación histórica, cierto poder elevador y moderador que acalla el tumulto de las pasiones, y nos conduce por camino despejado y llano al triunfo de la verdad y de la justicia.

Entre los años 1883 y 1891, van apareciendo, lentamente, los cinco volúmenes de la *Historia de las Ideas Estéticas en España*.

La idea de componer este libro es muy antigua, ya que el enunciado "La Estética en España", figura en ese inmenso repertorio de tareas históricas a realizar en descubrimiento y honor de *La Ciencia Española*, que traza ansiosamente Menéndez Pelayo, en 10 de julio de 1876, cuando tenía diecinueve años. Pero que detrás de este enunciado había ya un proyecto concreto, lo vemos en el *Plan para una Historia de la Estética en España*, que envía a Laverde, en carta de 21 de junio de 1876, donde, a lo largo de tres folios y diez capítulos, esboza la futura obra, con una maravillosa precisión y una estructura parecidísima a la actual, aunque sin dar entrada en ella a la parte extranjera, ya que la finalidad del proyecto, es reivindicar solamente la representación española, omitida en obras extranjeras. Ya hemos visto la importancia que, en su Programa de oposiciones, daba al criterio estético; y en carta a Valera, de 18 de marzo de 1882, le decía tener los materiales casi reunidos, y estar dispuesto a redactar la obra, que dos años más tarde, en 11 de febrero de 1884, esperaba terminar al final de aquel año. Pero la realidad sería muy distinta, ya que, como él confesaba, estos estudios "le envuelven a uno en

un dédalo de investigaciones y lecturas, del cual luego cuesta mucho trabajo encontrar el fin"; y lo único que pudo rematar en 1884, fué el segundo tomo, que trataba del siglo XVI español continuando así la materia del primero, que comprendía el estudio de las ideas estéticas en Grecia, Roma y la Edad Media. Hasta finalizar el verano de 1886, no terminó el III, que se refería al siglo XVIII, en visión "completísima" de España y resumida de Europa. El esperaba que con otros dos volúmenes, acabaría la historia del siglo XIX, coronándola con un epílogo de doctrina propia. Mas el espacio así calculado, vendría a ocuparlo, únicamente, el estudio de las ideas estéticas en Alemania e Inglaterra (tomo IV, aparecido en 1888), y el examen del siglo XIX francés (tomo V), cuyo primer volumen salió en 1889, y el segundo (el más ameno de la obra y el que más le satisfacía "como obra de arte") a fines de 1891, sin que compusiera nada sobre la época postromántica francesa, ni sobre la italiana, y, lo que es más de lamentar, acerca de todo el siglo XIX español, a no ser un índice detallado de la materia a desarrollar y una breve bibliografía, encontrados entre sus anotaciones. Su íntimo, Juan Luis Estelrich, le animaba una y otra vez, a que completase la obra, que, de todas las suyas, era la que más interesaba, pero el autor enfrascado en la magna edición de Lope de Vega, y en otras tareas fué dando largas hasta "cuando pueda dedicar —dice— una temporada a este solo trabajo", ya que, según sus últimos cálculos, faltaban aún por escribir tres tomos.

La *Historia de las Ideas Estéticas* es la obra nuclear de Menéndez Pelayo, que le forma y le consagra, que le explica y le resume al mismo tiempo. Es un libro de transición hacia la superación y la síntesis. Del clasicismo académico y estático, se pasa en él a un modo de ciencia progresivo, amable y trascendente; del casticismo vindicatorio y excluyente, a la solidaridad cultural europea, con la que se trata de conectar con señorío; de la erudición y de la historia, se asciende a la filosofía y a la estética. Empieza por ser un libro de investigación y de historia de ideas, y va a terminar cada vez más, por ser un libro de estética y de doctrina. Por eso, Menéndez Pelayo,

anunciaba como remate de la obra, hacia el año 1886, la exposición de su propio sistema teórico. La narración histórica entraña así una dialéctica histórica, y de ésta, pasa nuestro autor insensiblemente a la filosofía de la historia, y aun a la pura filosofía, del mismo modo que del hecho literario induce el principio estético y crítico.

Es este, acaso, uno de los méritos y de los hallazgos más grandes y originales de la producción que estudiamos: el haber sentido y visto con claridad, la transitividad de lo erudito e histórico hacia lo estético y metafísico en dirección ascendente, y del campo filosofante hacia lo artístico y literario, en actitud deductiva y crítica, es decir, descendente. De ahí, la frecuencia con que Menéndez Pelayo enuncia la incomprensión recíproca de artistas y de críticos, que fácilmente se explica por el distinto sentido de sus impulsos espirituales. "Detrás de cada hecho, o más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y a veces una teoría o una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta o no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realista", dice de modo magnífico el autor. Historia del arte e historia estética son para él, dos desarrollos paralelos que se influyen recíprocamente. Menéndez Pelayo trata, pues, de hacer el resumen histórico de los criterios estéticos, que a su vez son una consecuencia y un resultado inductivo de los fenómenos artísticos a lo largo de la historia, para alcanzar así el plan intelectual, desde el cual se podrán interpretar más honda y clarividentemente los desarrollos literarios españoles, que a él le interesan por encima de todo. En esta *Historia de las Ideas Estéticas* se halla ya, y todavía, en una actitud fundamentalmente crítica, pero crítica teórica, es decir, de potencia, no de acto. Es, por lo tanto, una preparación, un estadio previo a la *Historia de la Literatura Española,* cuyo programa trazara en el año 1878, sin menoscabo, por supuesto, del propio valer de la obra, como desarrollo de los principios artísticos articulados entre los planos filosófico e histórico con amplitud europea y no meramente nacional, ya que la limitación al panorama español, como pensó en un

principio, hubiera descalificado el libro de su anhelo objetivo y de categoría universal. La fe artística del crítico se confirmaba y se hacía consciente al contacto de lo estético y filosófico, y los entusiasmos patrióticos del escritor cobraban exacto sentido y valor en un amplio panorama internacional, que, con su característica vehemencia espiritual, Menéndez Pelayo trataba, al mismo tiempo, como materia propia y directa. Historiando la Estética y la Crítica Literaria, se hacía crítico y esteta, y hacía, al mismo tiempo, estética y crítica histórica. Con talante muy español descubría y colonizaba al mismo tiempo.

Si en los *Heterodoxos Españoles* y aún en la misma *Ciencia Española,* hemos podido señalar algún antecedente en cambio en las *Ideas Estéticas en España* no tenía ninguno, y, como el autor dice: "la materia estaba virgen". Entraba en campo nuevo con el instinto que se derivaba de su propia fe española, proclamada en *La Ciencia,* y con el criterio de orientación y análisis producido por su enorme erudición, sus experiencias históricas con los *Heréticos* y su fervor y afanes clasicistas acreditados en *Horacio en España* y en los trabajos de su *Biblioteca de Traductores Españoles.* Creo que incluso fué este clasicismo inicial el que le llevó a la primera contrastación valorativa y esencial de lo hispánico, exponiendo, a manera de introducción del tomo I, las doctrinas estéticas entre los griegos y latinos y entre los filósofos cristianos, no para mostrar erudición, como había hecho en las obras que acabamos de citar, "sino más bien para disimular la poca que tengo", dice. Es en el fondo una busca de principios (Belleza, Amor, Arte, Poesía e Historia, Naturaleza, Materia y Forma, lo Sublime, la Imitación, Ethos y Pathos, la Retórica) paradigmáticamente articulados a base de Aristóteles, el gran dictador intelectual de Estagira, y su maestro Platón, el gran creador espiritual, cima suprema para él de pensamiento y belleza, y rastreados después a través de Plotino, de Séneca, San Agustín, Ben Gabirol y demás neoplatónicos hispano-hebreos o hispano-árabes, o de otros escritores de la Edad Media.

La síntesis que hace, extraordinariamente clara y precisa, y, lo que es más difícil, sugestiva y amena, es siempre directa y personal en los datos y en el criterio. Se apoya naturalmente en la bibliografía científica de la época —que amplía notablemente, sobre todo del lado germano, al hacer la segunda edición (1889)—, utilizando libros como el de Egger (*Essai sur l'histoire de la critique chez les Grecs*, 1849), o el de Munk (*Mélanges de philosophie juive et arabe*, 1859), o los de E. Müller, Sachs, Hauréau, Grücker, pero le vemos comportarse con igual plenitud de información y finura de juicio cuando procede por cuenta propia, y, por ejemplo, traza por vez primera, a través de la literatura hispano-romana del Imperio, la línea hispánica de espiritualidad racial, caracterizándola en la afectación académica, varonil y vital de Séneca el Retórico o de Porcio Latrón, el eclecticismo de pensamiento y la fusión de lo estético y ético de Lucio Anneo Séneca o de Quintiliano y en el realismo histórico de Lucano, o cuando proclama al mismo Séneca, el joven, como uno de los principales educadores del mundo moderno y especialmente de la raza hispana, o cuando revaloriza ideológicamente a Sabunde o a Ausias March, o cuando se extiende a lo largo del tomo II por el rico campo español del siglo XVI, erigiendo desde sus cimientos la que, en conjunto y trazos fundamentales, es, y seguirá siendo por mucho tiempo, moderna construcción ideológica, a base de nuevos pilares como la trascendencia de las doctrinas de León Hebreo, la importancia de Herrera como tratadista teórico, el platonismo estético de los místicos, la humanidad y humanismo de los teólogos escolásticos, las características hispánicas de Vives y Fox Morcillo, el doble cauce popular y culto de Lope, el clasicismo paradigmático español de Fray Luis, el paralelo de los preceptistas hispano-italianos, o, por último, para no continuar en este punto, cuando en el tomo III reivindica la importancia estética del P. Arteaga o esclarece la figura de Luzán o las intrincadas discusiones y criterios del siglo XVIII en torno al teatro del Siglo de Oro.

Pero no se tendría una idea cierta de este libro si no destacáramos en él, como otro cuerpo de inmensa importancia

comparable a la exhumación gigantesca y valorada críticamente de lo español, el esfuerzo enorme de estudio y conocimiento y la revisión y asimilación extraordinarias que consigue Menéndez Pelayo (tomo IV) de la gran literatura, y, sobre todo, de la incomparable doctrina filosófica y estética de Alemania a fines del siglo XVIII y a lo largo del XIX, comenzando por Hegel, verdadero creador de la Estética; por Vischer, gran tratadista de esta ciencia; por Zimmermann y Schasler, excelentes historiadores de lo estético, que tanto influyen en él a partir de este momento, y continuando por los demás pensadores y artistas, y, sobre todo, por Winckelmann, Lessing, Herder, Kant y Fichte, que le permite después tratar con gran altura intelectual y criterio personal los desarrollos estéticos y aun literarios de Inglaterra y de Francia, que ocupan la última parte de la obra, como lo había hecho al historiar las ideas alemanas.

Logra así Menéndez Pelayo, a través de un gigantesco esfuerzo de voluntad y de capacidad asimiladora y sintética ("de la fidelidad de estos datos es de lo que respondo"..., "no he retrocedido ante ninguna lectura, por árida que pareciese"..., "hay páginas de esta obra que me han costado el estudio de volúmenes enteros, sólo para descubrir en ellos alguna idea útil"), una obra en gran parte original por su criterio y desarrollo, impresionante por la extensión de los campos que descubre, asimila u organiza, y extraordinaria por su fuerza constructiva, con la que España, partiendo del vacío y de la nada, se coloca inmediatamente detrás de Alemania (Zimmermann: *Geschichte der Aesthetik als philosophischer Wissenschaft,* Wien, 1858; Max Schasler: *Kritische Geschichte der Aesthetik,* Berlín, 1872) en el campo histórico de las ideas estéticas, antes que Inglaterra (con su obra posterior e inferior de Saintsbury), de Francia (con la no comparable de Michiels) y de Italia.

Es la *Historia de las Ideas Estéticas* el primero y acaso el único libro de importancia europea, no tan sólo española, en los ámbitos de la historiografía científica moderna extendida afuera de las fronteras, hecho por un español.

Figura de la categoría intelectual de Benedetto Croce en el *Apéndice bibliográfico* de su *Estética como ciencia de la expresión* no tuvo inconveniente en afirmar lo que sigue: "En los países latinos, Francia no tiene una historia especial de la Estética... España, por el contrario, ofrece el libro de Marcelino Menéndez Pelayo, el cual no se limita, como parece indicar el título, a España y a la Estética filosófica, puesto que comprende las disquisiciones metafísicas sobre lo bello, las especulaciones de los místicos sobre la belleza de Dios y sobre el amor, las teorías artísticas de los filósofos, todo lo que hay de estético en los tratados de cada arte, y, finalmente, las ideas que han profesado los artistas en torno de su arte. Obra capital en lo que respecta a los escritores españoles, presenta, en la parte general, magníficas disertaciones sobre puntos olvidados en otras historias". Y así vemos que Croce la cita en lugar preferente para estudiar las ideas estéticas de San Agustín, y las de la Edad Media y Renacimiento, con la advertencia de "más ampliamente y mejor que todos, Menéndez Pelayo"; e igualmente la anunció para otros períodos del pensamiento artístico de la historia europea, como los estéticos alemanes posteriores a Kant, la estética positivista, y, finalmente, para la historia de la estética francesa en el siglo XIX, respecto a cuya época afirma: "la mejor exposición es la de Menéndez Pelayo".

Hemos llegado aquí a la meta esencial que nos proponíamos en este trabajo: la de mostrar la formación ideológica de Menéndez Pelayo en función crítica, que no es ciertamente un camino de rectificaciones y de anulaciones, sino por el contrario un desarrollo de integraciones y superaciones logradas solitariamente por el propio talento y esfuerzo, hasta conseguir la posesión y el señorío de un criterio amplio, complejo, elevado y sintético, más fecundo y eficaz que perceptible y valorable desde fuera, habida cuenta de su falta de sistema y de mecanismo técnico utilizables hoy día.

A partir de este momento Menéndez Pelayo se lanza plenamente a su tarea vocacional de historiador de la literatura española, que con sus treinta y tantos o cuarenta años de edad

podía suponer en buena lógica que llegaría a realizar plena y orgánicamente. Sin darles todavía carácter definitivo y muchas veces como prólogos o preámbulos de textos, acomete así el estudio de amplios capítulos de nuestras letras como la *Historia de la Poesía en la Edad Media,* los *Orígenes de la novela,* o los *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega, La Poesía Hispano-Americana,* o múltiples figuras de diversas épocas literarias españolas, trabajos a los que no vamos a aludir sino de pasada y a vía de ejemplo y aplicación, ya que realizar su análisis sería hacer la crítica de la historia literaria y no la crítica de la crítica literaria de Menéndez Pelayo, que es lo único que ahora nos proponemos.

Mas antes de sacar las últimas consecuencias y caracterizarle como crítico, hemos de tocar dos puntos neurálgicos en relación con su labor: la cuestión filológica y el tratamiento monográfico de temas.

Menéndez Pelayo no es un filólogo. No podía serlo. En plan subjetivo diríamos más: no debía serlo.

Por temperamento le vemos alejarse siempre con presteza de las cuestiones gramaticales. He aquí esta referencia antigua del tomo I de *Ideas estéticas*: "La Gramática fué creación de los sofistas y siempre se ha resentido algo de su origen". Sus ideales estaban en otra parte y nada más significativo que aquel relato anecdótico que hace en el mismo libro: "Cuentan que Plotino, absorto siempre en la contemplación de lo universal y de lo uno y desatento a todo lo particular y relativo, solía decir de su condiscípulo Casio Longino: Es un filólogo, y no un filósofo".

En los últimos años del siglo continuaba manteniendo los mismos puntos de vista, sin restricción ni velo alguno, y así le escribía a Valera en agosto de 1894 hablando de su amigo alemán Schuchardt, gran lingüista, con el que mantenía correspondencia: "Su *Vokalismus* es poco menos que el evangelio de los que se dedican a la fonética, árido estudio al cual nunca he tenido inclinación alguna". Hubiera sido, por otra parte, necesario que creara él mismo la filología española para haber sido filólogo, ya que en España, podía él decir con razón enton-

ces (a propósito de la edición de las *Cantigas* del marqués de Valmar), "no hay escuela, ni libros de ella apenas". Solamente cuando en el año 1899 se estableció la cátedra de Filología Románica en la Universidad de Madrid, desempeñada desde sus inicios por Menéndez Pidal, y cuando este sabio investigador publicó en 1904 el *Manual de Gramática histórica española* y en 1908-1911 su magnífica edición del *Cantar de Mío Cid* acompañado de gramática y vocabulario, nació una escuela filológica española, que, ciertamente, no llegaba con retraso, ya que el desarrollo definitivo de esta ciencia era de los últimos años del pasado siglo y primeros del presente con la escuela llamada de los neogramáticos, cuya figura principal Meyer-Lübke publicó la obra clásica *Grammatik der romanischen Sprachen* entre los años 1890-1902, difundida en la Europa occidental por la traducción francesa de Rabiet y Doutrepont, y su utilísimo diccionario en 1911 (*Romanisches etymologisches Wörterbuch*), superación de análogos instrumentos científicos ya anticuados de Federico Díez.

Por estas fechas, la vida y la obra de Menéndez Pelayo estaban decididas, y, poco después, desgraciadamente, a punto de extinguirse por la muerte y nadie le puede reprochar que no aprendiera de joven "lo que en su tiempo no se sabía", por lo menos, con el carácter sistemático y español que era necesario para utilizarlo científicamente, ni tampoco que lo creara ya que él era un historiador crítico de la Literatura española y no un lingüista. Acaso la especialización en ediciones de textos antiguos le hubiera forzado a adentrarse en el campo filológico como les sucedió a excelentes maestros franceses, pero su avidez espiritual y su urgencia patriótica de llenar más altas empresas espirituales le hizo superar pronto sus tareas —no despreciables, aunque totalmente olvidadas— en este campo, que le hubieran impedido desarrollar, a pleno aliento, su enorme capacidad de lectura, de síntesis y de exposición.

De todas maneras, no se crea que vivió vuelto de espaldas al movimiento filológico extranjero de sus días. Al ir a París en 1877, conoció a P. Meyer y a Gaston Paris, discípulo

directo de Díez y patriarca de la filología francesa, pero ésta no tenía entonces importancia alguna para disputar el prestigio fundamental de historiadores o tratadistas de literatura que poseían estos maestros del país vecino, ni Menéndez Pelayo llevaba en este viaje otro anhelo, según hemos visto, que ampliar su erudición bibliográfica y documentar los *Heterodoxos*. En su Programa de oposiciones cita a Díez, Gaston Paris y Meyer como analistas, y desde entonces son frecuentes y muy similares en varios de sus libros las referencias a los fundadores de la Filología románica, el francés Raynouard y el alemán Federico Díez, a cuyos nombres suele unir con entusiasmo otros dos españoles: el de Hervás y Panduro, que él proclamó creador de la Lingüística moderna, y a Bastero, "auténtico precursor de Raynouard".

Que detrás de estos nombres había una información directa nos lo comprueba su biblioteca, donde se encuentran, leídas las obras de Raynouard y la 3.ª edición de la *Grammaire des langues romanes* de Díez (1874-1876). Pero ni el marcado provenzalismo de Raynouard, que también dominaba en la filología incipiente de su maestro Milá y Fontanals, ni la parquedad de los desarrollos de Díez justificaban otra actitud, en quien por temperamento y por educación enfocaba la crítica en los aspectos histórico, estético y filosófico fundamentalmente. Tuvo que venir la ingente labor superadora de Meyer-Lübke férreamente sistematizada, para que fuera más factible detraer del fondo común románico la base placentaria que necesitaban los desarrollos filológicos nacionales. Es a final de su vida cuando Menéndez Pelayo reconoce, como siempre lo hizo al contacto de nuevas realidades científicas, la importancia apreciable, aunque no exclusiva ni absoluta de lo filológico en lo literario y menos aun en lo crítico-literario, como lo vemos en la constante preocupación por el problema de textos y de ediciones que manifiesta al hablar de los escritores medievales en los prólogos de la *Antología de Poetas Líricos Castellanos*. Y ninguna manifestación más amplia, solemne y expresiva para definir su actitud ante las nuevas corrientes, que su Discurso de contestación al de ingreso en la Real Acade-

mia Española de don Ramón Menéndez Pidal, el 19 de octubre de 1902, donde con su *vehementia cordis hispana* y su habitual nobleza coronó con merecidos y supremos elogios al nuevo académico, al que tributó siempre públicamente su admiración, un día discípulo suyo y ahora consagrado por él, como maestro de una nueva escuela filológica, de la que, incluso él mismo, se reconocía con emoción, agrado y elegancia, discípulo.

Quien siga con atención la formación, evolución y desarrollo espiritual de Menéndez Pelayo, que, en este trabajo, hemos querido esbozar, comprenderá a fondo la razón con que se le llama —acaso bastante externamente con frecuencia— gran polígrafo. Polígrafo lo es, no sólo porque trata de materias diversas, sino porque cada materia la trata poligráficamente, es decir, erudita, histórica, filosóficamente, y, en resumidas cuentas, con ímpetu sincrético y sintético. Sin embargo, los tiempos iban a marchar por distintos derroteros a través del camino cada vez más estrecho, consistente e inflexible de la especialización.

La influencia de las ciencias naturales en las del espíritu a causa de sus fabulosos rendimientos materiales conseguidos por el análisis concreto y preciso y la exactitud de los métodos, determinaron, principalmente en el ámbito alemán, un fuerte positivismo, representado sobre todo por el germanista Guillermo Scherer en sus obras acerca de la lengua, la poesía o la literatura alemanas (*Zur Geschichte der deutsche Sprache*, 1868; *Geschichte der deutsche Dichtung im 11 und 12 Jahrhunderten*, 1875; *Geschichte der Deutschen Literatur*, 1880-1883). Se da ahora valor absoluto al hecho en sí, no a lo que significa, o sea, a aquella idea que había detrás de él según manifestaba Menéndez Pelayo, y los hechos van a ser estudiados exclusivamente conforme a su núcleo constitutivo, todo lo cual implica un optimismo racional en la materia y un despego hacia la síntesis y las valoraciones espirituales y objetivas del sujeto pensante que historía, culturalmente aprehendidas o logradas.

Se abandonan los amplios desarrollos a la manera de

Schlegel, de Mommsen, de Ranke, de Savigny, de Herculano, que al describir épicamente civilizaciones, culturas, ciclos de amplitud nacional, lo hacían animados todavía, en cierto modo, del trascendentalismo hegeliano, aunque lo manifiesten en un sentido —por así decirlo— antitético y complementario al mismo tiempo. La Idea de Hegel, realidad absoluta que lleva contenidos en sí todos los modos de existencia a manera de evoluciones o desarrollos propios extensivos, es suplantada en estos grandes maestros por la creencia en la otra tracendentalidad del desarrollo histórico en sí mismo, que, por su propia fuerza, expresa ideas esenciales del espíritu humano, o al menos sacia o serena los anhelos del alma, siempre que se le estudie en unidades históricas de amplitud integral, a las que Herder había dado carácter nacional como voces divinas del pueblo, y Lessing, antes, había querido aislar a través de las categorías de lo *natural* y de lo *característico*.

El positivismo, por debajo de este historicismo y en el extremo opuesto de la elevada metafísica hegeliana, era como un desconfiado volver a empezar —anticulturalmente diríamos— a base del objeto material y simple, en el que ahora se confía exclusivamente y que es lo único que interesa de veras aislar y estudiar. No impedía este criterio positivista desarrollos de conjunto —ni podía impedirlo, dada la belleza en resultados del reciente historicismo—, mas siempre que se actuase del mismo modo a como se habían hecho los análisis, es decir, a base de la comparación exacta y la ordenación matemática de las relaciones causales. Pero éste era su punto flaco, tanto para alcanzar leyes generales en el campo del espíritu, como, en caso de conseguirlas, para aplicarlas después, con el mismo rigor metodológico. Y ello por la sencilla razón de que en este ámbito de las ciencias históricas se opera sobre organismos, es decir, sobre materias compuestas, últimas y vivas, y no sobre materias primas y simples, que en realidad son materias muertas. De ahí la frecuencia de posiciones eclécticas en los más valiosos positivistas: fidelidad a la materia en el análisis, y transigencia y promiscuidad con el espí-

ritu en las ordenaciones y valoraciones de los elementos primarios analizados.

Evidentemente la filología moderna —a la románica nos referimos aquí— nace y se desarrolla bajo un fuerte signo positivista, que pone bien de manifiesto la importancia que en ella tienen el análisis de los elementos más simples —e inexpresivos— del lenguaje, y las comparaciones y correlaciones externas y materiales, que se hacen vueltos de espaldas por completo a la estética y al espíritu de la historia. Con una mecánica tan reproductiva como intrascendente, descubre y analiza, a través de un pasado cronológico —no histórico— masas inmensas de materiales y piezas lingüísticas, pretéritas o rústicas, antes olvidadas, que ordena comparativamente conforme a cómputos calificados de leyes (fonéticas sobre todo) un tanto absurdamente, ya que su vigencia es restrospectiva, y por lo tanto no es vigencia. "La filología románica —dice Meyer-Lübke al comienzo de su *Gramática*— tiene por objeto exponer cómo el vocabulario latino se ha modificado por la forma y el sentido de las palabras, en los diferentes países donde se ha hablado latín". Bastarán estas palabras, que hay que interpretar en la forma más restringida, para reconocer la escasa trascendencia inicial de lo filológico en el campo de la crítica literaria, por esta asepsia histórica y esta caducidad manifiesta de la materia lingüística, sólo utilizable plenamente como estadística pretérita y retroevolutiva de etimologías. Claro es que, pasado algún tiempo, repercuten instrumentalmente los logros filológicos en algunos aspectos de la historia literaria —depuración de textos, precisión en vocabularios, por ejemplo— mas con trascendencia siempre limitada y sin valor esencial respecto a la integridad de la obra de arte.

La prueba evidente de la desproporción entre el material conseguido por la filología, realmente inmenso, y su trascendencia escasa, es la insatisfacción que revelan la lingüística y la crítica posteriores, cuyo anhelo, en síntesis, ha estado en llenar el gran vacío que con su técnica positivista había abierto la filología.

Desde que Benedetto Croce, hacia el año 1900, afirmó la

identidad de la lingüística y de la estética, es decir, de la lengua y de la literatura, y Ferdinand de Saussure, ocho o diez años después, proclamó genialmente los principios de la arbitrariedad del signo lingüístico en sí mismo y la primacía esencial del aspecto estático o sincrónico del lenguaje, porque sólo en él se produce esa simultaneidad funcional que da sentido y efectividad expresiva al sistema social de signos arbitrarios en que toda lengua consiste, quedó al descubierto la limitación e insuficiencia de la Filología. Por un lado, ésta había prescindido y hasta se había incompatibilizado con los supuestos ideológicos y estéticos, que habían animado la crítica en los siglos XVIII y XIX. Por otro, se había precipitado en un doble positivismo, interesándose únicamente por los aspectos más fisiológicos y materiales del lenguaje al estudiar palabra y fonemas, es decir, elementos sueltos y disociados, que por sí mismos no eran otra cosa, según Saussure, sino signos arbitrarios, meras *figuras*, como se dirá después; y, además, resultaba que tales miembros estaban muertos e inertes, ensartados como fósiles en la cronología sin sentido de un pretérito perdido adrede, que sólo podía revivirse espiritualmente por las desacreditadas historia y estética.

De esta falta de sistema en el poderoso método o mecanismo filológico, se derivaban inconsecuencias y contradicciones flagrantes, como la de que sus síntesis manuales se organizaran con el nombre de *gramáticas históricas*, a pesar de que la filología nació y se alimentaba de aborrecer a la vez el logicismo gramatical y el idealismo histórico de los grandes representantes y de las grandes síntesis históricas del siglo XIX.

Vossler, que ya en 1904 había zaherido el exclusivismo de la filología en su librillo *Positivismo e idealismo en Lingüística*, vuelve en gran parte a una tradición décimonónica, renovada y superada, con la importancia que dispensa al ambiente histórico social y cultural en relación con el lenguaje, al que considera a su vez como una actividad creadora (*Frankreichs Kultur im Spiegel siener Sprachentwicklung*, 1913) y a un en-

lace e interdependencia de la historia de la lengua y de la historia de la literatura.

Las corrientes estilísticas, que de estos autores arrancaron, buscan en el fondo —ansiosa, pero tácitamente— una solución o, en todo caso, una fórmula ecléctica de conciliación, que recuerda la de aquellos historiadores positivistas a los que antes aludimos: mantener y salvar, por un lado, el método de análisis positivista, seguro y preciso, realmente insustituíble, y superar, después, con ideas allegadas de diversos campos espirituales, el materialismo filológico en pro de una interpretación superior: "subir por los hilos capilares de las formas idiomáticas más características hasta las vivencias estéticas originales que las determinaron", dice en fina aglutinación Amado Alonso. Pero toda liberación de la materia es a costa de seguridad y a base de fe espiritual. Hacen falta sistemas ideológicos —inhallados— para disponer previamente y delimitar la materia del análisis estilístico —tan segura en los desarrollos filológicos, aquí tan incierta— para seleccionar los datos característicos, para ascender lógicamente y sintetizar después, para comulgar, por último, estéticamente, con el autor. Y la estilística no ofrece sino normas tácticas evidentemente convencionales (como la de hallar términos de identificación y de contraste para los análisis), o señala, únicamente, meros rumbos de conducta orientados sobre la dualidad saussureana *lengua-habla* (base social-parte personal del lenguaje), dentro de la cual se dirige la investigación —a través de peculiaridades— bien hacia el campo afectivo de la lengua (Bally), o bien, hacia el estético-individual del habla (Spitzer).

Por eso, muchas veces, al faltar en estos estudios verdadero talento crítico para buscar apoyaturas espirituales en otros campos, o suplirlas y lograr síntesis, los trabajos estilísticos quedan convertidos en lamentables tareas de disección sin orden, concierto ni provecho alguno —remedo grotesco de otros más afortunados e inteligentes— que contrastan con la seguridad honrada y la utilidad, siempre indiscutible, pero siempre limitada, del puro positivismo filológico.

Por eso, también, son las direcciones más fieles al método positivista filológico, como la escuela de la *geografía lingüística* de Gillieron, que, realmente, se inicia con el *Atlas linguistique de la France* (1902-1910), las que sin preocuparse para nada de la creación de un sistema esencial del lenguaje, continúan teniendo fuerza y eficacia a lo largo de nuestro siglo, con sus innumerables mapas, vocabularios, estudios dialectales, estratos étnicos y demás logros concretos indiscutibles, conseguidos por la entrega absoluta a la forma muerta —muerta por aislamiento o por caducidad, o por ambas causas— en un afán insaciable y científico de genealogía verbal.

Pero la aparición con una frecuencia sintomática de escuelas de distinto signo en los tiempos modernos, denuncia angustiosamente la intranquilidad y vacilaciones que existen acerca de la esencia del lenguaje. El *círculo de Praga* (Trubetzkoy, Karcevski y Jakobson), por ejemplo, a partir de 1928 trata de reanimar *fonológicamente* la vieja fonética inerte y general de los neogramáticos dentro de un ámbito lingüístico individualizado y sistematizado, en el que los fonemas no son únicamente elementos fisiológicos, sino que tienen también sentido psicológico y sociológico. Es el aspecto psicológico el que priva en las teorías de Antón Marty (*Untersuchungen...*, 1908) para diferenciar las funciones esenciales del lenguaje, sobre cuyas ideas se apoya Bühler para apurar y completar esa diferenciación funcional, dando sentido a las funciones al ponerlas al servicio de la vida (*Sprachteorie*, 1935). Como último ejemplo de este desasosiego interpretativo que venimos comentando, citemos las doctrinas, tan favorablemente acogidas en España, de Hjelmslev, gerifalte de la *escuela de Copenhague* (*Principes de grammaire générale*, 1928, y obras posteriores), donde, partiendo de la concepción saussureana de la lengua como un sistema, se estudia el lenguaje bajo el punto de vista estricto de las formas, en fiel correspondencia con funciones y estructuras. Inténtase así crear un sistema de conexiones fijas, que, examinada desde fuera, parece una especie de aritmética lingüística, de importancia principalmente

morfológica, con la que se quisiera contabilizar mecánicamente todas las posibilidades expresivas de la lengua.

La crítica de Menéndez Pelayo exige esta conciencia sinóptica de los grandes y profundos cambios de la ciencia histórica, literaria y lingüística desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días, que hemos querido bosquejar en el menor número de líneas y de citas, porque sin ella no podríamos apreciar en su justo valor, y menos juzgar intrínsecamente desde este ahora centenario, su obra, amplísima y diversa, ecléctica y sintética en su espíritu, tocada de preocupaciones y de anhelos mucho más variados, hondos y originales de lo que hoy podemos suponer cuando ya están olvidados o superados. Actuar con otro criterio sería exponer nuestras afirmaciones de detalle a rectificaciones de conjunto y de significación general, que son las verdaderamente importantes en este escritor.

En el ámbito positivista que hemos descrito someramente, es donde nace también la tendencia científica a la monografía, que pugna, como decíamos con el estilo poligráfico de Menéndez Pelayo, y se opone a los amplios desarrollos históricos del XIX, animados de un evidente idealismo. ¡Hay que concretar! Este es el nuevo dogma científico. La razón aprehendiendo, analizando totalmente, individualizando el objeto hasta convertirlo en un valor seguro y fijo, sobre el que no hay que volver científicamente, cumplirá su verdadera tarea. El romanticismo a su vez refuerza esta tendencia con su fiero individualismo y su libertad insolidaria, que adelanta el ejemplar humano a primera línea, haciéndole soporte de la historia, que ya no es poligráfica sino monográfica. Es el siglo del *héroe* voluntarista de Carlyle, promotor del destino de los pueblos, y, en los años finales, del *superhombre* de Nietzsche. En este ambiente es donde surgen al demediar el siglo obras como el *Lessing* de Danzel (1849), que sirven de modelo para las grandes monografías que vendrán después, en las que se combinan con fortuna enseñanzas distintas, propias de una época de cruce, pero que dejan también el camino abierto a mezquinos y rastreros trabajos creados al socaire del prestigio del método positivista, pero tan limitados de tema y de ideas, que más que

labor intelectual parecen trabajo de acarreo o de obra prima.

Menéndez Pelayo percibe el momento de crisis y de cambio de una a otra concepción, de uno a otro desarrollo, y trata de huir de los extremos y de conciliar ambas actitudes con ese decantado eclecticismo o armonismo hispánico, que, llegada la ocasión, resulta en él connatural. "Los excesos del idealismo —dice— no podían menos de traer esta reacción, que desgraciadamente ha ido tan lejos, que está solicitando ya otra en sentido contrario". Pero, a fuer de sinceros, diremos que la fusión ecléctica la entiende en un sentido tradicional, a base del acuerdo de las orientaciones nuevas con su espiritualismo histórico, para él fundamental y sintetizador, y, por lo tanto, irrenunciable.

Se pone en contacto intenso con las grandes monografías alemanas por los años 1887 y 1888, cuando estudiaba el movimiento germano preparando el tomo IV de las *Ideas Estéticas*. Cita a Danzel sin conocer directamente su *Lessing* (lo dice él), pero, en cambio, trabaja sobre otras monografías tan importantes como el libro de Haym sobre Hegel (*Hegel und seine Zeit*, 1857), el de Kuno Fischer sobre *Immanuel Kant* (1860), el de Stahr sobre Lessing (1856) o los dos de Rosenkranz sobre la vida y la filosofía nacional de Hegel (1850-1870).

El influjo de estas corrientes monográficas no tarda en reflejarse en la obra de Menéndez Pelayo, ya que lo acusa la misma *Historia de las ideas estéticas* a través de esos sugestivos retratos, esencializados en sí mismos y en su ambiente, que constituyen uno de los encantos más característicos de toda la obra posterior del crítico a partir del tomo IV de las *Ideas*. Si los tres primeros volúmenes recuerdan la *Historia de los Heterodoxos*, en las que figuras tan interesantes como Pedro de Osma, el arzobispo Carranza, Miguel de Molinos, son tratados insensible y eruditamente, quedando sumergidos en la secuencia histórica del conjunto, en cambio los dos últimos tomos miran a las animadas galerías de fisonomías inolvidables de la *Antología de líricos* o de *Orígenes de la novela*, con efigies tan logradas como las de Schiller, Juan Pablo Richter o Carlyle.

Pero también alcanza Menéndez Pelayo a darse cuenta de las exageraciones y despropósitos a que llevaba en los indotados el "imperio casi despótico" del método positivista, en la misma Alemania, y tiene personalidad y talento para reaccionar en fecha tan temprana e inédita de comentarios adversos conscientes, como el año 1888, con palabras tan valiosas para el futuro lejano de la historia crítica de Europa, como atrevidas en el momento que se producen: "Lo particular, lo individual, lo infinitamente pequeño, lo accidental y fortuito, se ha sobrepuesto en tales términos a lo general, a lo trascendental y a lo absoluto; ha llegado a tal extremo el desmenuzamiento del trabajo intelectual; han triunfado de tal modo las *monografías* sobre las síntesis, que, en vez de luz, comienza a producirse el caos, a fuerza de amontonar sin término, y, a veces, sin plan, hechos, detalles, observaciones y experiencias. Por otra parte, como este género de trabajos no está de ningún modo vedado a las medianías, ni exige grandes dotes intelectuales, sino un enorme poder de paciencia, de atención, de orden y de memoria, las medianías han triunfado de tal modo que pasan hoy por glorias de Alemania y absorben la atención pública (antes concedida sólo a los sublimes metafísicos y a los poetas excelsos), los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los naturalistas al por menor, los gramáticos que estudian las formas de conjugación en tal o cual dialecto desconocido, y a este tenor otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísimos, estimables, pero que no pasan, ni pueden pasar, de la categoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía y sin estilo".

A estas alturas de mediados del siglo XIX la situación de la crítica histórica de la literatura española era bien pobre. Menéndez Pelayo atribuye a las monografías de Huber y Dozy sobre el Cid y a las brillantes exposiciones de Wolf y Clarus el despertar del espíritu investigador en España, aletargado durante la primera mitad del siglo XIX. Viene después la *Historia crítica de la literatura española* de Amador de los Ríos, "trabajo hercúleo", donde se funde la ingente erudición dieciochesca con la investigación personal incansable, y que

en conjunto responde a los grandes anhelos históricos de la época, aunque desarrollados ciertamente con poco espíritu, menos ideas y sin arte alguno. Frente a esta obra general aparece el tratado *De la poesía heroico-popular castellana* de Milá y Fontanals (1874), que marca una fecha decisiva, ya que es la primera monografía positivista de nuestra literatura, pero animada de ese singular eclecticismo hispánico, reflejado en la amplitud histórica con que se considera el tema (a través de varios siglos, y de las crónicas, cantares épicos y romances) y en la trascendencia nacional de los resultados conseguidos, sin que por otra parte estos méritos hagan más tolerable la sequedad en el estilo y en el manejo de los innumerables datos que se ofrecen.

Menéndez Pelayo alabó con entusiasmo desde *La Ciencia Española* esta obra en cuantas ocasiones se le presentaron, pero apartado de la Edad Media durante muchos años no tuvo por qué tenerla en cuenta para sus escritos. El la adscribió a la mejor erudición literaria desde sus supuestos básicos, y no adivinó, en un principio, la trascendencia metodológica que anunciaba. Sólo cuando en 1896 Menéndez Pidal publicó *La leyenda de los Infantes de Lara* vió claro el carácter monográfico de ambas obras al señalar la filiación directa que las unía. Con cordialísima admiración hace Menéndez Pelayo la crítica de *La leyenda* en un largo artículo (1898) del que entresacamos esta frase tan expresiva de su actitud respecto al tratamiento monográfico: "Tiene —el autor— el don de ver lo general en lo particular". Y resulta interesante de veras considerar cómo se complementa con otras palabras que dirigió con redoblado entusiasmo a Menéndez Pidal al entrar en la Academia en 1902: "Una monografía ejecutada de este modo —dice de *La leyenda de los Infantes*— enseña más sobre la historia poética de un pueblo, y sugiere más fecundas ideas y comparaciones que un curso entero de historia literaria".

A partir de estas fechas la escuela filológica que creara Menéndez Pidal, a base del método positivista y también del tratamiento monográfico de temas, se afianza y amplía con

las aportaciones de sus discípulos, que mantienen estas dos características principales.

Menéndez Pelayo tampoco ahora permanece impenetrable a las nuevas corrientes —ya lo hemos visto con esas pinturas esencialistas de los autores que historía—, pero tratando siempre de fundir y sintetizar, busca la superación de lo monográfico en lo poligráfico, y basta leer los prólogos de la *Antología de poetas líricos castellanos* para darse cuenta de esta gradual evolución, que va desde los desarrollos sintéticos del primer tomo en 1890 al estudio sobre *Juan Boscán* en 1908, o el coetáneo de *La Celestina* en *Orígenes de la Novela,* que son verdaderas monografías a su manera y estilo.

Pero este tratamiento monográfico de la literatura española era el que, al corto plazo que Dios le había señalado para vivir, vendría también a oponerse a su ilusión y anhelo de trazar una historia completa de la literatura "por deseo de hacerla buena y completa —dice a Laverde en carta de 1883— y por los enormes trabajos e investigaciones preliminares que exige". Y añade que toda buena historia de la literatura, como la inglesa de Taine, "se ha edificado sobre una serie innumerable de monografías". Por eso él, que dice sin jactancia haber visto tantos libros raros españoles como el que más, tiembla antes de escribir la historia "y cuando lo haga lo haré a pedazos". De ellos consiguió, aunque no con carácter definitivo, el primero, el de la Edad Media. En el año 1911, abdicado seguramente ya en su intimidad de esta integérrima esperanza a la que ofrendó la vida, sintiendo que ya poca le quedaba, se decidió a publicar sus *Obras completas,* sueltas, desgajadas, sin volverlas a fundir unitariamente en el molde inmenso de la matriz hispana, cuya fe proclamó en su primera obra. Allí las distribuye en 19 apartados. Según sus títulos, bastante iguales a los primitivos, 9 de ellas eran historias, aunque sólo seis lleven explícitamente el nombre, 4 eran libros de estudios críticos, 2 eran poesías originales y traducciones, 1 era de bibliografía y 3 eran monografías (Boscán, Lope, Calderón), aunque en realidad sólo encajaba bien en esta denominación el libro sobre *Juan Boscán.*

En el fluir del tiempo, puestos los ojos del espíritu en el desarrollo del espíritu, qué emoción de serena inteligencia y comprensión produce el considerar, cómo Menéndez Pelayo empieza su obra con un grito polémico de defensa filial de la cultura española, y a través de libros históricos españoles —en cerco de lo español—, europeos, y de estudios de crítica literaria y de los que llama con sencillez prólogos de la *Antología de poetas líricos castellanos,* entre los que hay un tratado y una nueva *Primavera y flor de romances españoles,* cosechada tras de Wolf y Hofmann, y Grimm y Durán, va haciendo la historia literaria española, para llegar, al final de su vida, a monografías sobre los mismos temas, ajustadas en cuanto él creía, al rigor de los métodos positivos; y, sin insinuar contrastes y ni siquiera paralelos, sino evocando impresiones en el mismo orden supremo, cómo Menéndez Pidal el positivista metódico, preciso y severo de *La Leyenda de los Infantes de Lara* y del *Cantar de Mío Cid,* a través de obras históricas y de estudios de crítica literaria española, corona sus años cimeros con un nuevo tratado y romancero español —*Flor nueva de romances viejos*— y con los amplísimos prólogos a la *Historia de España* —lo más parecido de su obra a la de Menéndez Pelayo— donde la materia, hecha síntesis, es el eterno tema de la esencia y presencia de España.

Si examinamos la producción histórico-crítica de Menéndez Pelayo antes del año 1890, en el que comienza la *Antología de Poetas Líricos Castellanos* observaremos su total, o casi total, apartamiento hasta esta fecha de la Edad Media literaria española, pues su trabajo sobre San Isidoro, que es un discurso académico del año 1881, o un breve informe sobre los monumentos de la iglesia compostelana, pertenecen más bien a la erudición latina, y sus ligeros toques al tema literario en los *Heterodoxos* y aún en las *Ideas estéticas,* apenas significan nada. Es su anhelo hondísimo de historiar íntegramente la literatura patria desde sus comienzos, el que le vuelca por esa fecha en la producción medieval, aunque su preparación favorita y trabajos anteriores, se encaminaban al estudio de otras épocas.

Para la enorme tarea de historiar literariamente el medioevo español, disponía del volumen considerable de materiales ordenados en la *Historia Crítica de la Literatura Española* de José Amador de los Ríos (1861-1865), obra a la que ya hemos hecho alusión. El siempre echó de menos una base documental y erudita tan amplia como la que representaba para los historiadores literarios del país vecino la *Histoire littéraire de la France* de los Benedictinos de S. Mauro (1865), con sus treinta y cuatro volúmenes de información prima, aprovechados por Menéndez Pelayo en cuanto se relacionaba con lo español.

La Historia Crítica de Amador de los Ríos era nuestro primer tratado de literatura española construído trabajosamente a lo largo de la vida por un erudito patriota, que, incitado por el interés nacional que Federico Schlegel y otros extranjeros atribuían a las letras españolas, quería recoger, en un estudio amplio y detallado al mismo tiempo, toda su historia. Por un lado se basaba en la firme tradición de los eruditos españoles: Nicolás Antonio, Tomás Antonio Sánchez, Floranes. Por otro, se guiaba por las visiones de conjunto de los manuales españoles de Lista (*Lecciones de Literatura española*, 1839) de quien fué alumno, o de Gil de Zárate (*Resumen histórico*, 1851), o las más numerosas de los extranjeros, comenzando por la del alemán Bouterwek en 1804 y siguiendo por la del francés Simonde de Sismondi (1813) hasta llegar a la reciente del norteamericano Ticknor (1849), y en su versión española (1851-6), que con sus cuatro tomos o volúmenes se acercaba a la considaración de verdadero tratado, destacando en esta labor hispanista del XIX por la profundidad y entusiasmo con que fueron escritas las síntesis germanas de Guillermo Volk (Clarus) y de Wolf y la historia del teatro español de Schack, todas ellas producidas a mediados del siglo. Por último, hay en la obra de Amador de los Ríos una valiosa contribución personal a la investigación y descubrimiento de textos inéditos, que publica al final de los tomos de su libro en concepto de *ilustraciones* y *apéndices*, así como una revisión directa de los ya conocidos.

Gratitud debemos, por lo tanto, a Amador de los Ríos todos los que estudiamos la literatura española, aunque su trabajo se reduzca a la Edad Media, ya que a más no le dió de sí la vida. Pero precisamente porque hoy seguimos viviendo, en gran parte, sobre el panorama de conjunto que Menéndez Pelayo trazó de la literatura de los siglos XII-XV en la *Antología de poetas líricos castellanos* y en *Orígenes de la novela,* interesa doblemente aclarar la importancia que esta obra antecedente y de resumen de Amador tiene sobre él.

Cometen una inexactitud, a veces maliciosa y siempre frívola e ignara, los que comentan con reservas o con sospechas para la capacidad de Menéndez Pelayo, el que su visión histórica se iniciara por la Edad Media y que tenga una extensión muy similar a la de la *Historia Crítica,* de Amador de los Ríos, considerándola algo así como una reelaboración hecha con buen gusto de la materia ofrecida por su antecesor en tosco. Ya hemos visto el motivo que le lleva a Menéndez Pelayo a lanzarse, hacia 1890, al estudio de la literatura patria medieval, y si seguimos el ritmo de publicación de los tomos de la *Antología de líricos castellanos* y vemos, además, a su autor sorprendido por la muerte cuando preparaba el estudio de Garcilaso, poeta renacentista, y contaba solamente cincuenta y cinco años de edad, comprenderemos su verdad y nuestra falacia.

Pero no son solamente argumentos personales los que aquí pueden emplearse contra esas suposiciones. Porque poco conocen a Menéndez Pelayo si no se dan cuenta que su avidez y capacidad de lectura fué mucho mayor que su fecundidad de escritor; y poco saben de la *Historia Crítica,* de Amador de los Ríos, si a este respecto tratan de paralelizarla, ya que la base de apoyo que sus siete macizos volúmenes representan, se reduce mucho excluyendo, casi íntegramente, los dos primeros que son de antecedencias de la literatura castellana y detrayendo de los cinco restantes el sinnúmero de páginas que dedica a las literaturas catalana y portuguesa e hispano-hebrea e hispano-árabe o a obras secundarias de erudición histórica o didáctica que Menéndez Pelayo excluyó, con cri-

terio hasta ahora respetado en los tratados de literatura. ¿Quién se preocupa hoy de escritores como Pedro Gómez o Fray Nicolás Pascual, a los cuales dedica a veces Amador de los Ríos por encima de una decena de páginas? En cambio limita a seis el examen de figura tan importante y siempre famosa como Jorge Manrique, y ésas las emplea, en su mayor parte, en hacer un resumen pedestre del asunto de sus conocidas *Coplas,* mientras Menéndez Pelayo erige su amplio y magnífico estudio en la *Antología de Líricos*, punto de arranque de todos los trabajos posteriores, sobre el excelso caballero poeta.

Pero es que además el cotejo material demuestra finalmente, que la temática muchas veces es distinta, y resulta significativo comprobar cómo los estudios mejor informados y más apurados constructivamente de Menéndez Pelayo son aquellos que Amador de los Ríos no había tocado, o lo había hecho de pesada, así, por ejemplo, los de Boscán, Gil Vicente o Fray Ambrosio de Montesino.

Lo peor de Amador de los Ríos, no es que sea en su historia seco y preciso como buen erudito, sino que al mismo también sea ampuloso, difuso y retórico, lo que produce una mescolanza extraña que molesta y dificulta la lectura de su libro, sobre todo en los primeros tomos, y determina una extensión palabrera de la obra, tan superflua como enfadosa. No es un positivista, sino un erudito declamatorio, que muchas veces resulta atosigante con su léxico afectado e impropio, sus reiteraciones y digresiones, su sermoneo religioso, patriótico o progresista, y, sobre todo, con su falta de criterio y de talento.

La opinión íntima que Menéndez Pelayo tuvo de él se refleja en algunas cartas que han sido publicadas, y resulta inferior a la que manifestó en sus obras, donde constantemente rinde homenaje a quen fué su maestro oficial. Y la compulsa de las producciones de ambos corrobora esta misma disposición favorable de Menéndez Pelayo, no sólo para encomiar en cualquier ocasión a su antecesor, sino también para

poner de manifiesto todo lo que de él tomó o tuvo en cuenta en sus propios libros.

La *Historia de la Literatura Española* de Amador de los Ríos es para Menéndez Pelayo —y ello no significa poco— una especie de pauta provisional sobre la que construye sus esquemas y desarrollos, ciertamente muy distintos y siempre superiores. En términos generales su actitud crítica la resumiríamos así: Cuando encuentra acertados los juicios de Amador de los Ríos, le cita elogiosamente y los asimila rehaciendo su estilo y sintetizándolos; cuando faltan en sus estudios aspectos esenciales, los construye por su cuenta, sin indicar la deficiencia; cuando están equivocados sus puntos de vista o sus desarrollos, les corrige o supera en los propios, sin hacer notar el error o enmendándole en forma impersonal; y sólo cuando han sido expuestos con tono dogmático y con amplia explicación criterios que considera equivocados, le rectifica nominalmente salvando con noble gesto su competencia y su prestigio.

La alta valoración histórico-crítica que hay que dar a la *Antología de poetas líricos castellanos* y a su otra obra complementaria de la materia medieval *Orígenes de la novela,* no sufre ciertamente menoscabo ni perjuicio alguno con la lectura de la *Historia literaria,* de Amador de los Ríos, sino que por el contrario se acrece en méritos y trascendencia al contraste con este libro, que es obligada base de partida y de referencia. Gracias a ello se perciben provechos y adelantamientos en la producción de Menéndez Pelayo, inadvertidos o achacables en todo caso al ambiente general.

Así resulta claro que a Menéndez Pelayo debemos el repertorio de autores que hoy entran corrientemente en juego en la Historia literaria española, y que él seleccionó, y en algunos casos descubrió, del acervo más amplio y heterogéneo que la tradición y la erudición nos habían legado.

De Menéndez Pelayo deriva igualmente el sistema de valores histórico-literarios que hoy manejamos casi inconscientemente, y en el que más o menos todos coincidimos. Un Berceo, un Pedro Veragüe, un Jorge Manrique, un Rodrigo de

Cota, sirvan por caso, siguen teniendo una significación e importancia muy similares a la que les dió Menéndez Pelayo en su estructuración histórico-literaria, y de ella arrancan los nuevos estudios y juicios críticos, que, aun siendo rectificatorios, quedan dentro de ese sistema de categorías por él establecido y todavía vigente.

Los contemporáneos de Menéndez Pelayo manifestaron un entusiasmo tan sin límites por la sugestión y las cualidades de su estilo, como hoy no se comprende bien. Y sin embargo ambas cosas resultan explicables. Es que él creó un estilo de literatura crítica, tan revolucionario en aquel tiempo de rutinas eruditas o declamatorias, como cercano a nuestra manera. Con todas las invocaciones y matices que se quiera, seguimos hablando el mismo lenguaje científico-literario. Y este lenguaje se lo debemos a él. Lenguaje ciertamente lleno de decoro, porque por una parte contiene la amplia serie de principios y de conceptos acarreados a través de sus estudios de *Historia de las ideas estéticas* en todos los tiempos del campo de la filosofía, de la estética, de la retórica, de la preceptiva y aun de la misma literatura e historia; y, por otra parte, dispone del rico léxico y del repertorio de giros y frases muchas veces acuñados felizmente, que hacen de él un flexible instrumento de ancho campo de aplicación.

La *Antología de poetas líricos castellanos,* comenzada en 1888 y publicado su primer volumen en 1890, comprende trece volúmenes que fueron saliendo intermitentemente hasta el último que trataba de Boscán, y que apareció a finales del año 1908.

Lo peor de esta obra —acaso lo único malo— es el título, que en cierto modo estigmatizó su contenido, de una trascendencia infinitamente mayor que la serie de fragmentos poéticos —alguna vez inéditos— que le justificaban, ciertamente seleccionados de modo magnífico y muy cuidadosamente editados, aunque sin llegar a problemas filológicos o paleográficos ajenos al carácter popular de la colección. Apareció en la *Biblioteca Clásica,* como una Antología de líricos medievales prologada, cuando en realidad era un verdadero tratado de

la poesía medieval castellana y aun en cierto modo española, ya que dentro de él se consideraba la materia épica y en gran parte también la poesía catalana, la galaico-portuguesa y las influencias hispano-árabe e hispano hebrea. Tenía para Menéndez Pelayo un carácter provisional —de ahí su título encubridor— respecto a la realización de su máximo anhelo de escribir la gran *Historia de la Literatura española,* pero con eso y con todo sigue vivaz y vigente como obra de conjunto de nuestra Edad Media, incluso en la parte épica inicial —la más débil y escueta— donde se leen bellas palabras caracterizando el género y sobre todo la personalidad del Cid, si bien este capítulo de nuestras letras, tan bien cimentado por Milá y Fontanals, fuese levantado de nuevo y ampliado con "portentosa revelación y reconstrucción" —dice nuestro autor— por Menéndez Pidal, e incluso, apoyándose en algunas ideas de éste o desarrollando y produciendo otras suyas, por el mismo Menéndez Pelayo en su *Tratado de los romances viejos* (tomos XI y XII), que, en cierto modo, es un trabajo de carácter monográfico, con individualidad propia distinta, y de gran valor.

A pesar de la amplitud del período que historiaba, y del sinnúmero de autores tratados, consiguió Menéndez Pelayo una obra de gran homogeneidad en el conjunto, en la que apenas se distingue cuándo trabaja con elementos ya elaborados erudita o históricamente, o cuándo su labor es de primera mano (a no ser quizá por una mayor información e inspiración en estos segundos y muy frecuentes casos), de arquitectura atrayente y luminosa y de una estructura tan firme que en sus líneas generales la seguimos considerando como válida.

Ningún método fijo rige la obra sino que hay una síntesis sabia y amable de todos los que él conoció y practicó. Sobre una base erudita inmensa y un cúmulo de lecturas muy amplias, anima los desarrollos y el conjunto con resonancias personales del idealismo hegeliano y del esteticismo crítico de sus discípulos, así como con la fe en la significación y tracendencia de los procesos históricos, y el entusiasmo nacionalista, de procedencia herderiana, que a veces se condensa en fórmulas más de anhelo que de análisis, como la sintetizada en

la frase "raza hispana", de sentido sobre todo espiritual. Hemos visto su actitud en relación con las tendencias filológica y monográfica, y a lo dicho nos atenemos. Aludamos, por último, a la influencia indiscutible que sobre su criterio tienen tres maestros del siglo XIX: Hipólito Taine, Lord Macaulay y Sainte-Beuve, y a los que, por encima de todo, debe la confirmación de su tendencia innata a la síntesis crítica, dando por sobre tendencias y escuelas un valor personal y creador a los propios juicios.

Por el año 1883 él consideraba como un modelo la *Histoire de la Littérature anglaise* (1864) de Hipólito Taine. Este escritor adaptaba inteligentemente la fina técnica psicológica de Stendhal al ámbito histórico y buscaba detrás de cada obra un estado de espíritu que analizaba a base de las tres fuerzas primordiales: raza, medio y momento. Para él la historia, en el fondo, era "un problema de psicología". Pero ya en 1891, cuando escribía el tomo V de *Ideas estéticas,* se daba cuenta de la imitación y fragilidad de criterio de Taine para el que sólo lo social y lo externo tenían valor, pero cuyos juicios no tenían médula filosófica ni científica, y apenas tampoco conciencia histórica. Y, en efecto, si leemos contrastándolos un capítulo de Taine, como el dedicado a Chaucer y otro de Menéndez Pelayo, como su estudio del Arcipreste de Hita, apreciaremos inmediatamente la superioridad del escritor español por su densidad y esencialidad crítica, por su profundización en el problema histórico, que en Taine queda convertido en una recreación banal y subjetiva, de carácter más que nada literario. De todas maneras, de Taine aprenderá el arte de la ambientación y la preocupación por la atmósfera histórica.

Lord Macaulay es también para Menéndez Pelayo en tiempos un maestro, y como él dará entrada en sus escritos a digresiones o comparaciones históricas y filosóficas para valorar la obra literaria. Pero lo que en el escritor inglés son páginas, en Menéndez Pelayo son líneas y a veces frases, en un anhelo cada vez más apasionado de ajuste y de síntesis. En lo que sí se parecen ambos es en ese arranque decidido

con el que comienzan dando la definición o significación esencial del escritor que van a estudiar seguidamente.

Acaso de los tres escritores citados sea Sainte-Beuve el que más profunda y perdurablemente influye en nuestro autor —y al que éste considera como "el gran maestro de esa crítica, no igualado ni excedido por ninguno de los posteriores"— por esa afinidad íntima con su tendencia sincrética, y dentro de ella, jerárquica y esencialista, de fundir y superar los distintos elementos biográfico, histórico y estético.

Si a estos nombres se añaden el de Augusto Guillermo Schlegel al trazar el panorama literario de la historia europea, no muy distante en su concepto de ellos, sino en buena parte su antecesor y maestro, tenemos resumidas las influencias principales que intervinieron en la formación del criterio con que Menéndez Pelayo se enfrenta con la literatura española en la *Antología de poetas líricos castellanos.*

La ordenación que de nuestro pasado hace en esta obra es histórica y hasta cierto punto cronológica, a base de individualidades limitadas, que estudia en sí, psicológica y culturalmente, como hecho y como revelación dentro del desarrollo espiritual y literario. Son, en cierto modo, síntesis monográficas donde fundida y armoniosamente se van presentando las distintas facetas: Significación esencial y comparativa, problema bibliográfico expuesto con emoción de bibliófilo, síntesis biográfica y psicográfica, carácter social y ético de la obra, organización y elementos de ella, cultura del autor y fuentes e influencias que actúan sobre su libro, análisis de sus cualidades y caracteres esenciales, revisión crítica del autor a lo largo del tiempo, y trascendencia de su obra en la literatura posterior.

Mas esta personalización frecuente, no rompe el sentido ni la fluencia histórica de toda la obra, ya que Menéndez Pelayo la envuelve y equilibra con la ambientación epocal y de escuela, con la valoración patriótica, con la correlación de lo literario y lo vital, y, finalmente, con la significación objetiva, estética y universal. El dato positivo tiende siempre a quedar subyacente y como asimilado a la significación espiritual e

histórica que hay detrás de él. Se busca la nota esencial en todo momento. Se huye de la pesadez y de la pedantería y se crean páginas de auténtica maestría crítica, que se leen con el mayor deleite literario (las de Berceo, el Arcipreste de Hita, el Canciller Ayala, Jorge Manrique), comparables a las de los mejores maestros.

Mil ideas ingeniosas y agudas se vierten en el libro enunciativamente, sin desarrollarlas ni apurarlas, para no destruir la armonía del conjunto, que, como producción de un artista-crítico, anima esta historia. Valgan de ejemplo la adivinación de la importancia del zejel y de las jarchas en la lírica primitiva española, la idealización literaria del Cid sin menoscabo de su sustancialidad histórica, la caracterización y denominación de la escuela del mester de clerecía, la comparación de Berceo con la pintura primitiva, la radicación clerical de la cultura del Arcipreste, "clérigo juglar", que acertó a crear "un monumento de arte compuesto", la trascendencia literaria del tipo de Trotaconventos, la modernidad psicológica de Ayala, el paralelismo de contraste entre Villon y Jorge Manrique, el clasicismo prerrenacentista de Mena, el amplio hispanismo de Gil Vicente.

Pero ni estilo ni conjunto brillantes implican nunca superficialidad ensayística, sino sazón y sabiduría histórica y crítica. Sin planteamientos ni desarrollos externos, sino por cerebración interna, muchos de sus juicios son verdaderas síntesis. Y así, por ejemplo, no extraña ver a Georges Cirot hacer un trabajo sobre *L'expression dans Gonzalo de Berceo* (*Revista de Filología Española,* 1922) para comentar y ejemplificar, *a posteriori,* aquella definición que *a priori* había dado Menéndez Pelayo del estilo del viejo poeta castellano con estas palabras: "El realismo de la narración, el suave candor del estilo, no exento de cierta socarronería e inocente malicia que ha sido siempre muy castellana y que se encuentra hasta en las obras más devotas y en los autores más ascéticos, la mezcla no desagradable de lo monacal y de lo popular, acaban de imprimir un sello propio y especialísimo al arte de Berceo".

En la primera parte de este estudio hemos tratado de

poner de manifiesto la formación y evolución del espíritu crítico de Menéndez Pelayo en el panorama español y europeo de la ciencia literaria, única forma de comprenderle y de interpretarle a fondo, y después hemos procurado ver sus criterios reflejados y aplicados en la materia histórica literaria española a través de la *Antología de poetas líricos castellanos.* Sería extravasar el sentido de este trabajo, continuar haciendo la confrontación en los *Orígenes de la novela* (1905-1910), donde desarrolla el tema de la prosa medieval española de carácter narrativo hasta acabar el estudio de *La Celestina* y sus derivaciones, ya que esta obra, que fué alternando con la redacción y publicación de los tomos de la *Antología,* responde al mismo espíritu y principios críticos que antes hemos examinado, como partes que eran de un todo constituido por el estudio de la historia de la literatura española en la Edad Media, que con ella quedó, hasta cierto punto, realizado. Tampoco conseguiríamos importantes resultados bajo el punto de vista de indagar nuevas ideas y orientaciones críticas de Menéndez Pelayo examinando sus *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega,* ya que entran en un orden más de aplicación que de invención. De todas maneras subrayemos una vez más el alarde de erudición, de memoria coordinadora y de fecuncundidad de juicio crítico y certero que significa el clasificar casi *quinientas* piezas del escritor "si no el más intenso y profundo, el más extenso, animado y bizarro de que literatura ninguna puede gloriarse", editarlas mejorando su texto y resolviendo muchos problemas, indagando su fecha y sus fuentes, señalando sus antecedentes y derivaciones, estudiando su versificación, estilo, desarrollo y cualidades, todo lo cual era ciertamente una labor para poner a prueba la capacidad de Menéndez Pelayo, y de la que sale triunfante a lo largo de esos doce extensos estudios críticos, que, también a manera de prólogos, y seguramente como preparación para una gran monografía de carácter nacional, encabezan los 15 tomos de la edición de Lope publicada por la Real Academia Española (1890-1913).

Y si la fecundidad es por sí misma un mérito, como creo

que él dijo, no terminemos sin aludir a otras zonas extensísimas de su actividad literaria, aunque menos orgánicas que las que hemos solido citar, tales como la *Historia de la poesía hispano-americana* (1911-1913), dada a luz como *Antología* en 1893-1895, entusiasta y esforzado tributo rendido en el momento más oportuno y para nosotros más triste a la comunidad linguística y literaria de ambas orillas, y los siete tomos de sus *Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria* tan distintos y variados de tema y época.

De todo lo dicho hasta aquí se deduce el sentido de este trabajo y la enseñanza que de él puede desprenderse, si es que alguna consigue aunque sea en mínima parte: el ver y el comprender la labor de Menéndez Pelayo a su propia luz y tiempo y no a los nuestros; con su propia ideología, no con la actual de cada uno. Este examen que hemos hecho lleva en realidad en sí mismo su conceptuación, pero bueno será no obstante, sacar ahora algunas conclusiones.

En contra de lo que pudiera creerse y de lo que suele decirse, Menéndez Pelayo no es un crítico dogmático ni inflexible, sino que en el conjunto de su obra vemos enorme amplitud de criterio, generosa liberalidad de espíritu y una inmensa capacidad de evolución, superación y síntesis. Vivió en épocas de intensas y radicales transformaciones de las ideas y criterios que animaban a la ciencia histórica y literaria, y, sin perder nunca personalidad ni estilo propios, fué el único español, que, hasta cierto punto, supo seguirlos y resumir y asimilar las enseñanzas de fuera. Si imaginativamente le omitiéramos surgiría un inmenso vacío en ese medio siglo, que es el más interesante de la historia crítico-literaria de Europa, y que él representa en España casi íntegramente, aparte de figuras secundarias o limitadas. Nunca profesó Menéndez Pelayo el estúpido concepto de la ciencia histórica y crítica acabada y definitoria, sino de la ciencia en crecimiento y en renovación ideológica y espiritual aspirando a ese armonismo o eclecticismo que él ensalzaba en Luis Vives o en Fox Morcillo.

Comenzó con anhelos clasicistas de un humanismo juvenil, que formó casi en la escuela, y que ya fué consustancial

con él a lo largo de toda su vida, mas no como ley o norma, sino trasmutado bien pronto en criterio de buen gusto y de medida o punto de referencia estética e intelectual. No en balde griegos y romanos son los creadores de nuestra cultura occidental, dentro de la cual Menéndez Pelayo se sintió siempre satisfecho y con la que estuvo total y exclusivamente identificado. Mas este clasicismo, de buena educación espiritual diríamos, no le impidió nunca sentir y poner de manifiesto el fondo de romanticismo que en él había y que percibimos hasta en su vida heroica, entregada con esfuerzo y desolación al ideal de la cultura hispánica. De este modo, junto a su entusiasmo por Platón u Horacio brota su fervor por Shakespeare o Lope, y la espontaneidad y la fuerza creadora las hace tan válidas para él o más, en el campo artístico, que la proporción y la armonía, ya que incluso aquéllas se justifican por sí mismas.

En un siglo palabrero comienza a destacarse por su enorme erudición bibliográfica del pasado español que le emparenta con los infatigables trabajadores del XVIII como Feijóo, Mayáns o el P. Flórez, pero bien pronto anima el inventario noticioso con ideales nacionalistas en el campo de la cultura, que él levantó por vez primera en *La Ciencia Española* y cuyas repercusiones fueron más extensas e importantes de lo que se cree.

Si para muchos es el representante y defensor de la cultura castiza, también es el autor de la *Historia de las Ideas Estéticas,* el libro español más europeo de crítica histórica que se escribió, y si en tiempos habló con no muy sincero desprecio de la abstrusa ciencia alemana y echó a rodar la frase de "nieblas germánicas", después fué el más encendido panegirista de la patria de Goethe y de Schiller, de Hegel y Schlegel, de Vischer y de Gervinus, hasta llegar a pensar en una triple alianza cultural y literaria de Alemania, España e Italia como orientación ideal de los espíritus.

Al principio de su carrera trató de construir, patrióticamente, amplias historias de estilo monumental a la manera de Mommsen, Pastor, Ranke o Herculano, pero más tarde

estas tendencias historicistas se combinaron y esencializaron con el idealismo de Hegel —"el mayor esfuerzo metafísico de nuestro siglo"— y con las doctrinas filosóficas y críticas alemanas de la primera mitad del siglo XIX, y se beneficiaron por último de los ejemplos de Taine, Macaulay y Sainte-Beuve, que eran los que mejor se avenían a su tendencia sintética y esencialista y a su enfoque literario de la crítica.

Todo ello entraba más o menos en la dirección idealista. Pero frente a ella y contra ella estaba el positivismo científico, y Menéndez Pelayo sintió también su fuerza avasalladora en el ámbito intelectual, y admitió, en parte, sus ventajas, como hemos visto en el tratamiento monográfico, pero sin abjurar nunca de su posición espiritualista: "Aunque el idealismo ande hoy decadente, nunca deja de ser la mitad, por lo menos, de la especulación científica", dice en 1883. Ante esta dualidad que sería dramática si no la afrontara con la actitud despreocupada y salvadora de buen español, busca Menéndez Pelayo solución en lo más auténtico de su yo, y la encuentra intuitivamente en ese decantado criterio sintetizador, vitalista y hasta cierto punto literario y creador frente a la obra que se estudia. Como dice él hablando de Schiller, la historia se convertirá en "fuente de reailidad y de vida más intensa, más concentrada y más expresiva que la vida actual". El pensamiento más interesante que encontramos en su discurso sobre la *Historia considerada como obra artística* (1883) es precisamente éste: la historia no puede fantasear, dice, "pero será tanto más perfecta y más artística cuanto más se acerque con sus propios medios a producir los mismos efectos que producen el drama y la novela".

Se presenta así la literatura española a Menéndez Pelayo como objetivo esencial de su obra, entendido por sí mismo y no como materia de análisis científico. Se busca una comunión con el pasado, histórica en lo que tenía de interpretación, presente en lo que tenía de eternidad, es decir, de idealidad. La idea es la energía o elemento activo que anima la historia y la crítica y que da valor y sentido al estudio y análisis, a los que justifica. De ahí su desdén por las técnicas y métodos ana-

líticos, aunque no por los resultados que a través de ellos pueden conseguirse, y de los que debe beneficiarse la crítica literaria. Respeta siempre la integridad de la obra, y como un todo orgánico la estudia y la valora. Parte de síntesis vitales y no de análisis o disecciones; de una sabiduría y no de una bibliografía. Se coloca en la dirección misma de la obra y trata de revivirla y recrearla con la apoyatura del texto y con la clave de oro de una inmensa cultura y un elenco de ideas y juicios de valor universal, para descender luego hacia lo más concreto y real, no llegando sin embargo nunca a aquel punto primario en que el elemento aislado tiene valor por sí mismo y se ofrece con absoluta seguridad a la técnica del análisis científico.

Pero si todo esto parece manifestar una irrefrenable tendencia a la identificación entre el hecho literario y el juicio literario, entre la literatura y la crítica, también es cierto que, frente a ella, está siempre a punto la erudición positiva de Menéndez Pelayo, despierta la conciencia histórica, atentos los principios y elementos intelectuales allegados de una serie de corrientes y de influencias tan distintas, como las que hemos visto.

Por lo tanto, bajo la aparente sencillez y la forma artística y sugestiva con que Menéndez Pelayo nos presenta su obra, hay un hondo subsuelo de problemas y de ideas contradictorias que él logró superar en la forma que hemos ido señalando. De ahí su originalidad y su interés permanente, porque cualesquiera que sean las rectificaciones que puedan hacérsele desde ángulos distintos, la obra, en sí misma, pervivirá insuperada. Un trabajo positivo quedará inválido en cuanto salga otro más amplio, exhaustivo y bien ordenado. Un ensayo, unas meditaciones o reflexiones de historia, arte o literatura, quedan siempre adheridas a su época, y al cabo de una generación, anticuadas. En cambio a los cien años del nacimiento de Menéndez Pelayo, y casi a cincuenta de su muerte, se ha podido publicar con pleno éxito esa magnífica Edición Nacional, de más de sesenta volúmenes debida sobre todo a los esfuerzos bibliográficos de Enrique Sánchez Reyes, digno complemento

de su labor y el más cumplido homenaje centenario. A través de sus volúmenes sentimos en todas partes brotar la *afanosa grandiosidad española* en esos anhelos integrales de Menéndez Pelayo para historiar él solo la literatura española, la cultura española, al servicio de los cuales sacrificó heroicamente su vida. Acaso, como se ha dicho de España, quiso demasiado. Pero por encima de los valores que unos u otros atribuyan a su obra colosal, está para todos su entusiasmo, defensa y revalorización de España en el campo de la cultura y del arte, que levantara como un símbolo en *La Ciencia española* y que respalda cualquier labor histórica presente y futura.